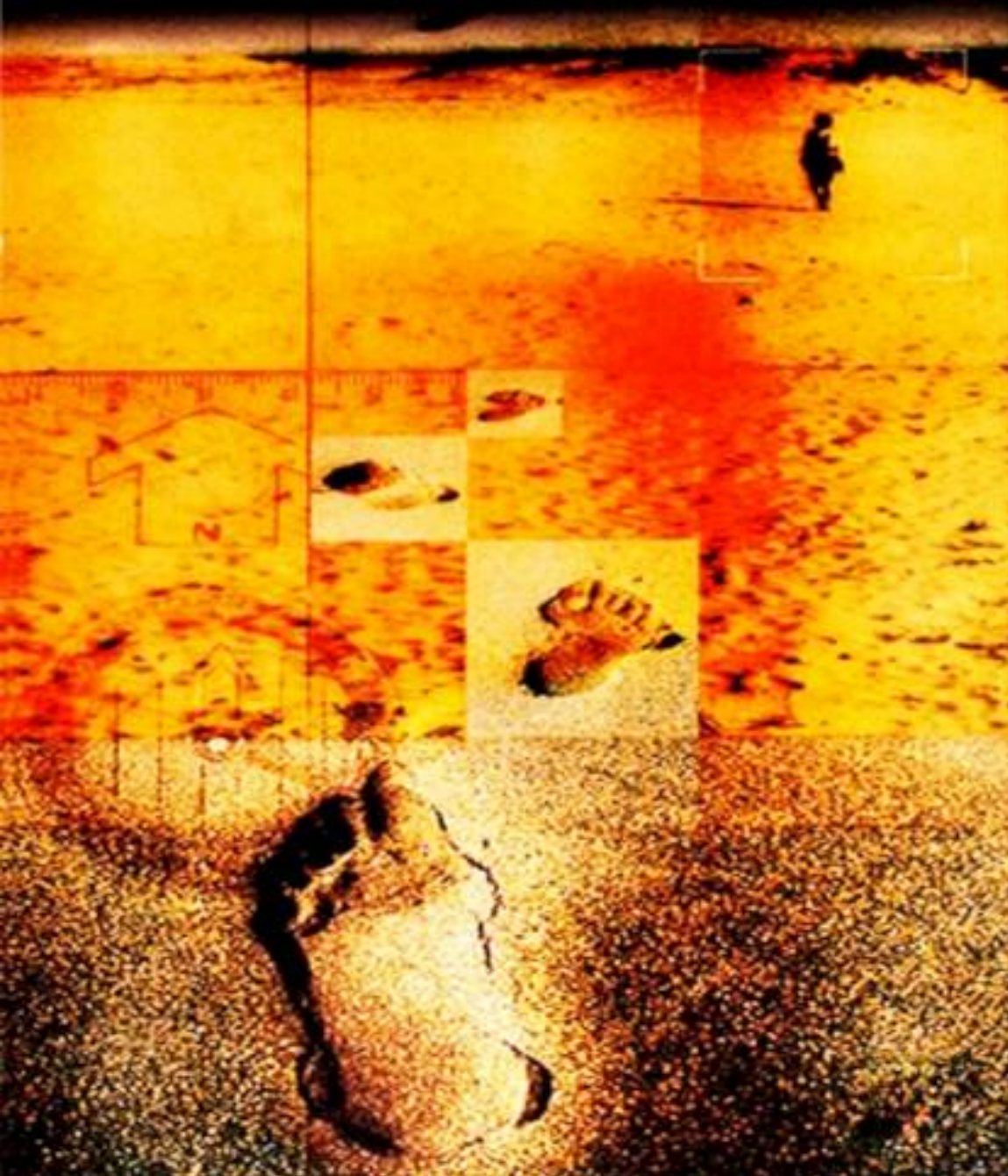


Juan Eslava Galán

EL VIAJE DE TOBIÁS



Arrasada por un Virus, la ciudad de Nínibe ha olvidado su pasado y su futuro. Los supervivientes conviven con monos de creación genética bajo el férreo control de la Casa de la Vida. El extranjero Azar llega a la ciudad y acompaña al joven Tobías en un viaje iniciático de final imprevisible. Perseguidos por la policía y por los científicos del IBG, vivirán algunas aventuras en un territorio hostil donde nada ni nadie es lo que parece.

Uno

En la esquina de la plaza, pegado al cochambroso muro, había un pasquín: «A los jefes rebeldes yo, Aurnasirpal, los mandé desollar. Con sus pieles tatuadas revestí la pilastra; a algunos los clavé en el muro, a otros empalé y a otros hice clavar en postes. A los magnates y a los oficiales reales rebeldes los castré antes de empalarlos».

El rostro del forastero era el de un hombre que llega de muy lejos. Se detuvo ante el pasquín y descifró lo escrito con aplicada atención. Luego aguardó frente al semáforo, sin dar señales de impaciencia, a pesar de que la solanera del mediodía caía con fuerza sobre el yermo, derritiendo las piedras. De la sombra de los soportales, al otro lado de la plaza, le llegó una voz:

—¡Cruza, hombre! ¿No ves que está apagado? Hace muchos años que ese semáforo no funciona.

Las polvorientas sandalias del forastero dejaron su impronta en el asfalto reblandecido por el sol. Avanzaba con el tranco largo y lento del que no tiene prisa, pero está habituado a caminar grandes distancias. Era alto y enjuto, pero bajo el hábito de estameña que lo cubría desde el cuello a las rodillas, ceñido en la cintura por un cuero, se adivinaba un cuerpo vigoroso y nervudo. Un maltratado sombrero de paja protegía su cabeza. El rostro, requemado por el sol, sugería que la vida de aquel hombre transcurría a la intemperie. El dorado cabello escapaba en bucles bajo el sombrero y le orlaba el cuello. Las facciones del rostro eran casi indiferentes. Todo lo anulaba la viveza magnética de los grandes ojos azules. Una mirada candente que el hombre

de los soportales recordaría durante toda su vida. Bajó la suya al banco de madera donde trabajaba y respondió a la pregunta del forastero:

–Nínibe es aquella ciudad de allá enfrente –su dedo señalaba una dirección precisa, pero entre el objetivo y la mirada del forastero se interponían las míseras casas del otro lado de la plaza–. Ya no se llama Babilonia. Ahora se llama Nínibe. Es la capital de los asirios –dejó transcurrir un breve silencio antes de inquirir–: ¿Es que piensas ir a Nínibe?

–Sí –respondió indiferente el forastero.

El hombre que trenzaba eneas para reconstruir el asiento de un reclinatorio ofreció su humilde morada al visitante. El recién llegado se acercó al sudoroso botijo, que se oreaba en un rincón del portal colgado de un gancho, y bebió de él. Alejaba de sí la vasija para que el chorro cristalino rebotara en la punta de la lengua y le salpicara la boca inundándola de agradecida frescura antes de deslizarse, a caño lleno, por la reseca garganta. Luego se enjugó los labios y el rostro con el dorso de la mano, volvió a colgar el botijo y se sentó en el poyo de piedra, frente al tejedor.

–¿Dónde está la gente, durmiendo la siesta? –preguntó mientras abarcaba la desierta plaza con un gesto.

El otro negó con la cabeza, sin levantar la mirada de su hacienda.

–Muchas cosas han cambiado en el mundo –respondió–. No lo reconocerás fácilmente. Te has parado delante del semáforo sin necesidad. Ahora es un adorno. Ya no hay automóviles. Se acabó el petróleo. Tampoco hay electricidad, o, al menos, no la hay aquí. En Nínibe sí la disfrutan, aunque racionada: dos horas diarias o algo así. Aquí puedes encontrar pilas para la radio en el mercado negro. En Nínibe es más fácil, pero nadie puede entrar ni salir de la ciudad prohibida.

–¿Es eso todo lo que ha cambiado? –preguntó el forastero examinando la desierta plaza con la mirada.

–Depende del tiempo que hayas estado ausente –dijo el tejedor.

–Mucho.

–Babilonia pasó –tornó a decir el tejedor–. Y cuanto siguió a Babilonia también. Un virus terrible destruyó las naciones al filo del milenio. De aquella peste, solamente se salvaron unos pocos miles de hombres y mujeres que se encontraron como huérfanos en un mundo despoblado y hostil. De éstos, la mitad murió. La enfermedad se transmitía por la saliva, por el semen, por la leche, por la sangre, por los otros humores del cuerpo humano. Si te acercabas a un enfermo y una partícula de su saliva iba a parar a tu piel, fatalmente contraías la enfermedad. La locura se apoderó de los hombres. Perseguían a los sospechosos y los mataban como a alimañas, los rociaban con gasolina, los quemaban... Quedó un puñado de ciudades, repartidas por toda la tierra. Nínibe es una de ellas. Me llamo Aman. Toda mi vida ha transcurrido en este pueblo frente a la ciudad, pero nunca la he pisado. No está en mi mano. Los que vivimos en el campo no podemos penetrar en Nínibe. Tampoco sus habitantes pueden abandonarla si no es para siempre, cuando los destierran. Ellos son los Limpios. No están infectados por el Virus. El Virus habita entre nosotros, los del campo. Antiguamente, acababa por contagiarse. Ahora hace ya varias generaciones que el mal remitió y no se muere nadie de esa enfermedad. Sin embargo, el Consejo de la Casa de la Vida que gobierna Nínibe mantiene las antiguas restricciones. Los Limpios necesitan de nosotros para sobrevivir. La carne y el trigo y el aceite, las frutas y las verduras que consumen se las enviamos nosotros. Y nosotros necesitamos de ellos. De la ciudad recibimos medicinas, droga y, lo más importante de todo. Monos. Porque has de saber que nosotros no trabajamos el campo: los Monos lo hacen por nosotros. Pero los Monos proceden de Nínibe. Allí están las granjas donde los fabrican y los crían.

–¿De qué Monos hablas? –preguntó el forastero.

—En realidad no son exactamente Monos. Son medio hombres y medio monos. Combinaciones de ingeniería genética. No son muy inteligentes, son incapaces de aprender más allá de dos o tres frases sencillas, pero entienden media docena de órdenes simples y están entrenados para trabajar la tierra. Aran, siembran, siegan y cuidan el ganado. Y en la ciudad hacen otros trabajos desagradables para los Limpios, recoger las basuras y cosas así. El hombre se ha liberado de la antigua servidumbre del trabajo. El Estado lo mantiene y vela por su bienestar a cambio tan sólo de su fidelidad incondicional, de su observancia de la ley. Nínibe es el paraíso. El campo es el infierno de los desterrados. Al campo vienen los delincuentes que son expulsados de Nínibe, así como sus descendientes. En torno a Nínibe existe un cinturón vacío de cinco kilómetros de profundidad que patrullan continuamente guardias con perros. Si encuentran a alguien merodeando por allí, animal o persona, lo matan sin remisión y dejan el cadáver a los buitres. Desde las alambradas del límite se ven, a lo lejos, blanqueando al sol, las osamentas de los transgresores.

El forastero permaneció largo rato en silencio. Inclinado en su asiento, un codo apoyado en la rodilla, trazaba con la otra mano ciertos arcanos signos sobre el polvo del suelo.

Se levantó viento. En la casa contigua, el postigo mal ajustado de una ventana daba rítmicos portazos. A cada golpe lo precedía el chirrido de los oxidados goznes.

Al otro lado de la plaza, una casa más grande que las otras, que había sido el Ayuntamiento, mostraba en lo alto de su descarnada fachada la esfera de un reloj sin agujas. Algunas certeras pedradas, lanzadas por manos antiguas, ya muertas, habían desconchado la porcelana, dejando la chapa a la intemperie. De los rodales descendían chorreras de óxido, que rebasaban los límites del reloj y se confundían con el carcomido ladrillo. Había también, en la fachada del antiguo Ayuntamiento, un balcón corrido de hierros oxidados. Adosadas a sus barrotes, quedaban letras de ma-

dera pintada, tachonadas de portalámparas renegridos que un día sostuvieron bombillas. En ellas podía leerse:

FELIZ NA IDAD

–Falta la uve –observó el forastero. Hablaba como para él, aunque en voz alta, como suelen hacer las personas habituadas a la soledad.

–¿Qué? –preguntó Aman levantando la mirada de su trabajo.

El forastero hizo un gesto con la cabeza hacia el ayuntamiento.

–Decía que falta la uve. En el letrero.

–¡Ah, sí! –respondió Aman–. Falta desde hace muchos años. Es la letra inicial de la palabra Virus. Mucha gente la evita porque trae mala suerte. Corre mucha superstición en estos tiempos. Creo que la fabricación y venta de amuletos es uno de los grandes negocios de la ciudad.

–Debo penetrar en Nínibe. Lo que he de hacer me aguarda allí –dijo el forastero.

El aire se doraba con la arena en suspensión. Una tolva-nera desde una de las bocacalles vagó por el espacio abierto de la plaza, aventando las mil partículas que se acumulaban en los devastados parterres de los antiguos jardines municipales.

–¿Existe algún sitio mejor que otro para penetrar en la ciudad? –preguntó el forastero.

–Todos son malos –respondió Aman–. Cuando pases la alambrada estarás a merced de cualquier patrulla de guardias. Ve con cuidado. Son sanguinarios y crueles, como todos los asirios. Si están aburridos, sodomizan y despellejan a los transgresores antes de empalarlos. Los sodomizan con perros. Ellos no se atreven por atavismos heredados del tiempo en que había miedo al contagio. Son crueles estos asirios. No hay sitio bueno para pasar la zona de seguridad, pero hay una hora que puede ser menos mala que las otras. Cuando se asienta el viento y baja la marea, a la caída de la tarde, el río deja escapar los efluvios y miasmas de

toda la basura química que contiene. Antes del Virus, lo contaminaron tanto que quedó envenenado y podrido para siempre. Ese olor que emponzoña el aire entorpece el olfato de los perros y puede impedir que sigan tu rastro.

Tornaba a soplar Pazuzu anunciando el atardecer. Para los asirios y babilonios, Pazuzu era el demonio que encarnaba el viento del suroeste, procedente del desierto. En los amuletos se representa a un hombre sonriente provisto de alas, en cuyo dorso puede leerse, escrito en caracteres cuneiformes: «Yo soy Pazuzu, hijo del rey de los espíritus malignos, el que desciende con gran ímpetu de las montañas y trae las tormentas. Éste soy yo».

Una tormenta de polvo se abatía sobre la desierta aldea, enterrándola aún más y enturbiando el aire. El forastero se protegió el rostro de la punzante mordedura de la arena con su sombrero.

–Mejor será que entremos –dijo Aman arrastrando su silla al interior.

Se refugiaron en la vivienda. Aman cerró la puerta y la aseguró con dos trancas de palo. Un pasillo empedrado atravesaba la casa y desembocaba en el ruinoso corral, donde una parra verdeaba por el suelo sobre el emparrado desplomado. El patio olía a letrina. Aman orinaba cada mañana en el alcorque de la parra, para abonarla. Aseguró también la puerta del corral e hizo pasar al forastero a la mejor estancia de la casa, una pieza donde había una mesa redonda con tarima agujereada a la medida del invernadero. Abrió una alacena y colocó sobre la mesa dos tazas desportilladas asignando a su invitado la más presentable. Luego encendió fuego, laboriosamente, en el hornillo que había en un ángulo de la habitación, bajo la chimenea de yeso. Calentó una olla de porcelana.

–He cocinado algo especial en tu honor –declaró volviéndose hacia su invitado.

El forastero sonrió. Aman notó que era la primera vez que lo hacía desde su llegada. Había una cualidad siniestra

en los dientes del forastero, inmaculadamente blancos y parejos, que parecían brillar malévolamente sobre el fondo oscuro de la curtida piel de su rostro.

Comieron en silencio. El guiso estaba delicioso. Era lo que los iraquíes actuales conocen todavía por *muloquiya*: brotes de ese arbusto aromatizados con ajo y coriandro y cocinados en caldo de cordero o de pollo. Se sirven sobre una base de arroz, tostones de galleta y dados de cordero. El forastero tomaba pequeñas pellas de alimento y las masticaba despacio. Meditaba sobre lo que Aman le había referido de la ciudad. De vez en cuando, le hacía preguntas sobre algún aspecto del problema.

El problema era, entonces como ahora, vivir. La palabra vida es una palabra amable, suave como el terciopelo o como la piel de la serpiente mamba. Vivir es, por el contrario, un áspero exabrupto. La realidad, es decir, la vida, está determinada por las palabras que nos habitan. Yo vierto en palabras nuevas –que pronto pasarán también– aquellas palabras antiguas, rescatadas del olvido, en que los hombres antiguos contaron este cuento. Ya son podredumbre y nada, fétidos orines que, sin embargo, reverdecen los pámpanos y renuevos del decaído emparrado. Vino que nos embriagará cuando nos sintamos solos y nos acercará a la verdad por intrincados caminos, es decir, nos hará dioses durante el tiempo que dure su influjo.

Cuando remataron la cena se apagaba ya la tarde. El viento se había echado. Entonces se pusieron en camino. Recorrieron dos o tres calles polvorientas y desiertas, hileras de casas abandonadas y ruinosas, muros leprosos.

Escribo *leprosos* traduciendo así la palabra *sara^fat*, que aparece en este pasaje en casi todos los textos.

Salieron al campo, una sucesión de pedregosas colinas deforestadas (*jesimón* y *tsia* dice el texto hebreo, es decir, desolación y yermo) que se extendía hasta la indecisa línea del cielo. El sol poniente iba pintando sombras en las vaguadas, a la vez que doraba las alturas de los cerros. En

aquel yermo crecían libres la grama y el cardo, el jaramago, el cantacuco y la zarza lobera. Sólo las planicies más cómodas, abiertas, estaban cultivadas: dorados campos de cereal suavemente mecidos por las brisas. Algunos habían sido ya segados, y en su áspero barbecho pastaban los ganados bajo la vigilancia de pastores remotos e inmóviles. Otros lo estaban siendo entonces. El forastero y Aman pasaron cerca de una cuadrilla de segadores. Hasta nueve figuras uniformadas con pardos guardapolvos, en cuya espalda podía leerse un número de identificación y las siglas IBG en rojo. Con torpe parsimonia se inclinaban sobre la mies, tomaban manojos de espigas, las degollaban con sus pequeñas hoces de madera y pedernal, e iban colocándolas sobre un ramal tendido en el suelo. Detrás quedaban las gavillas, unas en pie, otras tumbadas, en espera de que los barcinadores las transportaran a las eras.

—¿Son los Monos? —inquirió el forastero.

—Sí —respondió Aman—. Trabajan catorce horas diarias. Se afanan de sol a sol y comen una vez al día, de noche, una ración de papilla que fabrica para ellos el IBG. Pero no se rebelan. No se percatan de la atroz existencia que arrastran. Ya te digo que los fabrican con la inteligencia justa para trabajar en las tareas más penosas. Su mera existencia es ya un consuelo incluso para los proscritos, porque, al compararnos con ellos, nos consideramos muy afortunados.

—¿Y no hay capataces? —inquirió el forastero—. No se ven por ninguna parte.

—Nominalmente los capataces somos nosotros, los Sucios. Pero en realidad no hace falta vigilarlos. Trabajan a ese ritmo lento, tanto si hay humanos presentes como si no los hay, y sólo descansan cuando reciben orden de descansar. Son como los asnos de las norias, lentos y constantes. No causan problemas. El trabajo del capataz se reduce a asignarles la tarea diaria, a señalarles el haza que han de segar y a regresar, terminada la jornada, para traerles la papilla. A veces también hay que administrarles algunas medi-

cinas, aunque raramente enferman. Y si la enfermedad es grave, o cuando se ponen viejos, se devuelven a Nínibe, al IGB. Supongo que los matan allí. Nunca regresan. Es lo que las tablillas oficiales denominan «tratamiento terminal».

Cuando rebasaron el grupo de Monos, el forastero volvió la cabeza y notó que dos o tres de ellos habían interrumpido momentáneamente la labor para contemplarlo. Sorprendidos en su curiosidad, se inclinaron enseguida sobre la mies y reanudaron aceleradamente la tarea, intentando ocultarse detrás de otros, como niños cogidos en falta.

Los Monos tenían enormes cabezas casi esféricas. Su tez era flácida y amarilla, completamente limpia de vello. Los rasgos mongólicos y la fuerte mandíbula desprovista de mentón les otorgaban un aspecto bestial, pero la mirada opaca, casi sepultada entre los pesados pliegues de grasa de los párpados, no traslucía la menor agresividad. Tampoco el menor ápice de inteligencia o discernimiento que les permitiera percatarse de su condición esclava. Parecían totalmente indiferentes a su suerte, lo que podía ser una forma de felicidad.

Todavía anduvieron un buen rato Aman y el forastero por un camino de polvo acribillado por las rodadas de los carros agrícolas. Finalmente remontaron una suave loma desde cuya cima se podía contemplar, dilatada y espectral, la ciudad.

Recortada sobre la línea del horizonte, por donde se desangraba la puesta de sol, aparecía Nínibe: minuciosa y profunda como un cadáver inmemorial. Era la ciudad, en su brumosa distancia, una sucesión de líneas y planos oscurecidos por el aire del teñido incendio que los rodeaba. Las construcciones más altas destacaban sobre el casal de la ciudad vieja, como las torres, reyes y alfiles destacan sobre los humildes peones en un desordenado tablero de ajedrez. Sólo que aquí no había piezas negras y blancas: todas eran grises. Los edificios parecían amasados por el polvo de la distancia. En el atormentado corazón de la ciudad,

elevando su forma poderosa como un índice que se alzara al cielo, como una onírica escala, como un trabajoso menhir, la torre del zigurat extendía la pesantez oprobiosa de sus terrazas escalonadas para recibir la caricia dorada de los rayos del sol poniente.

Había en aquella ciudad terrible, tendida en la desértica llanura, una uniformidad de cementerio. El forastero pensó que la presidía la quietud de las cosas muertas, pero luego advirtió que por el lado de Poniente se elevaba una densa y delgada columna de humo negro, único vestigio de vida en aquella fantasmal estructura.

—¿Y aquel humo?

—Es del IBG, es decir, el Instituto de Biotecnología Genética. De una u otra forma todos los Limpios que habitan la ciudad trabajan para él. Es ahí donde se fabrican los Monos y los animales útiles y todo lo demás: comida, medicinas, droga, objetos, lo que sea. Aunque algunas mercancías llegan de fuera, de otras ciudades, por el puerto fluvial, hasta la Casa del Comercio.

—¿Has dicho «animales útiles»? —se extrañó el forastero—. ¿Qué animales útiles?

—Animales que dan carne y trabajo. Los campos se aran con un híbrido de buey y mulo muy dócil y resistente. Se adapta bien a la estatura y conformación del Mono que maneja el arado. Otra variedad, de mayor alzada y pezuña entera, sirve para tirar de los carros y para halar las barcazas que suben y bajan por el río. Para carne, han conseguido una mezcla de cerdo y ternera, de estómago simple, adaptado a digerir jugos químicos. Engorda rápidamente y su carne es rica en proteínas. También cultivan una especie de gacela ciega de cuyo bazo se extraen las GM-CSF. Sirven para obtener preparados farmacéuticos. Pero los experimentos del IGB no se han limitado a la fabricación de Monos y animales útiles, sino que han ido mucho más lejos. Circulan extrañas historias, algo más que simples rumores.

Se dice que en el Instituto Genético hay una sección zoológica ocupada enteramente por mutantes.

—¿Mutantes?

—Sí, así se llama a las criaturas resultantes de experimentos. Han conseguido transferir rasgos humanos a los animales y viceversa. No sé si me estoy expresando correctamente. Puedes imaginarte que en estos tiempos la definición de humano es imprecisa. En realidad, ¿dónde está la frontera de lo humano? Los propios ingenieros y biotécnicos son, en parte, producto de mejoras genéticas introducidas por sus antecesores; fueron diseñados ya en el huevo materno para ser lo que son.

El forastero no hizo comentario alguno. Aman prosiguió:

—Hoy existen pocas personas que sean fruto de la unión sexual entre macho y hembra. Eso ha quedado para los perros, para las ratas y para otros parásitos incontrolados. Los óvulos humanos se fecundan científicamente en probetas, y sólo cuando pasan el exigente control del IBG, son implantados en la matriz de la receptora para que el embarazo prosiga su curso natural. Si alguien quiere tener un hijo y recibir la ayuda estatal —sin la cual nadie puede realmente vivir—, se inscribe en la lista de aspirantes y aguarda el permiso. Las leyes de la herencia son estrictas. No todo el mundo puede casarse con todo el mundo y engendrar hijos. Los asirios han movido pueblos enteros, han deportado muchedumbres, asignado barrios a las naciones, calles a los países, casas a las ciudades. Hurritas, acadios, amorritas, hititas, hebreos, eblitas, nómadas del desierto nabateo, todos viven aparte los unos de los otros. Un comité del IGB investiga los permisos de embarazo. También se producen preñeces fortuitas, por el procedimiento natural, pero es raro que éstas lleguen a buen término. Suelen malograrse antes de los cinco meses. Creo que el asunto tiene algo que ver con la comida. Las galletas energéticas, a las que todo el mundo está acostumbrado, deben contener ciertas sus-

tancias abortivas ante las que sólo los óvulos implantados por el IGB están inmunizados.

–Pero, ¿es que nadie puede prescindir de la comida preparada por el IGB? –preguntó el forastero.

–Es prácticamente imposible. La IGB lo controla todo: ella produce, da trabajo y paga. El subsidio estatal tiene la forma de una especie de bonos que se canjean en sus Centros de Salud y Bienestar. Fuera de la IGB existe poca actividad. Sólo el mercado negro, fraudulento, perseguido por los inspectores y guardias de la IGB y escrutado por un sinfín de soplones voluntarios. En la ciudad casi todos son confidentes de la policía. Están ansiosos por hacer méritos a ojos del Estado. Sin embargo no todo es malo, si bien se mira. Antes del Virus, según cuentan los que dan charlas por la radio, no había reposo para el corazón del hombre; el individuo se veía abrumado por el trabajo en la ciudad, los campos eran lugares de gemidos, tenía que ganarse el sustento con el sudor de la frente, ¡Con el sudor de la frente! ¿Puedes imaginar semejante aberración? Ahora la Casa de la Vida –así llaman al IGB en la ciudad –vela por las personas confiadas a su tutela. Todo el mundo recibe lo necesario para subsistir y los Monos hacen el trabajo de los hombres, o, al menos, casi todo el trabajo. Si uno es fiel a la Casa de la Vida, los asirios pueden promocionarlo, ascenderlo a guardia o hacer a su hijo funcionario del Estado. Es lo que todos ambicionan en la ciudad.

Comenzaba a oscurecer. Un resplandor rojizo en las nubes altas disputaba a la unánime noche su dominio. Aman y el forastero llegaron a un punto donde el tortuoso camino de carros se desdibujaba y perdía en medio de un terronal tachonado de tizones quemados. El aire se había adensado y era pestilente. Vapores pantanosos se concentraban en los puntos más bajos del terreno.

–Solamente puedo acompañarte hasta aquí –dijo Aman deteniéndose–. Ahí delante comienzan las alambradas. Continúa caminando en esa dirección, dejando siempre a

tu espalda la estrella del Perro y, si tienes suerte, después de un par de horas de camino llegarás a la ciudad. Guárdate de las patrullas de guardias.

El forastero asintió grave, con la cabeza. Luego abrazó brevemente a Aman, como hacen los orientales en las despedidas, y prosiguió su camino en solitario sin volver la vista atrás. Aún no se había difuminado su alta figura en la oscuridad cuando Aman alzó la voz y le preguntó:

—¿Cuándo volveremos a vernos?

—No lo sé. Ya sabes que no depende de mí —respondió el que se alejaba, y Aman percibió vagamente que señalaba con el dedo al cielo mientras decía estas palabras.

Cincuenta metros más adelante estaba el límite permitido a los Sucios. Una zanja, medio cegada por la arena, marcaba el perímetro de la ciudad prohibida. Al otro lado, se alzaba un terraplén coronado por una espesa línea de alambre espinoso. Era más un símbolo que un verdadero obstáculo. A intervalos de veinticinco metros carteles metálicos, muy apedreados y enmohecidos, sonaban agitados por el viento sobre sus clavos ya flojos, como monótonos tañidos de campanas. El forastero se detuvo ante uno de ellos y lo descifró a la dudosa luz de las estrellas:

ÉSTA ES LA TIERRA DE NÍNI E PROHIBIDO EL PASO
BAJO PENA DE MUERTE

Estaba escrito en cuatro idiomas: cuneiforme asirio, hebreo, latín e inglés. La *be* de *Nínibe* había sido cuidadosamente borrada a martillazos.